**Lo que le decimos a nuestra pareja**

José María Becerra Hiraldo

Catedrático jubilado de Lengua española

Una de las funciones de nuestro lenguaje es llamar, apelar; de ahí el uso frecuente de ‘apelativos’. Dos personas amigas, o amantes o parejas se llaman continuamente. Para ello se valen normalmente de los ‘nombres de pila’, ‘Juana, Juan’; también lo pueden hacer mediante objetos metafóricos: ‘la niña de mis ojos’, ‘cielo’. Pedro Infante canta el “cielito lindo”, repetido nueve veces, y en ese cielo solo ve ojos, lunares, boca, y se alegra el corazón. En “El cantar de los cantares”, ella le dice a él ‘mi rey, sol que me miró, mi amado, el amor’; y él le dice a ella ‘paloma mía, oh esposa mía, oh hermana mía’. También podemos ver en nuestra pareja determinadas cualidades: ‘bonica, primor, encanto, prenda’. O le manifestamos un sentimiento: ‘cariño, amor, desdén, enfado’.

Si hablamos de un amor maduro y hecho, podemos oír apelativos como ‘niña’. Mi prima Mariquita siempre atendió por ‘niña’, incluso cuando llegó a los ochenta años. ‘Prenda’, que decía la secretaria del Departamento a todos los profesores, y que al prof. Bellón y a mí no nos sentaban muy bien, por la diferente clasificación administrativa, dicho sin ánimo de molestar a nadie. «‘Cari’», le dice el coletas a su pareja, «de esta hecha pagamos la hipoteca de Galapagar en un salto».

Si hablamos de un amor joven, todavía tierno se le dice ‘tronco’ al amigo o compañero, en ocasiones a persona insensible, inútil y despreciable; se le dice ‘churri’ a la amiga o amigo, desconociendo que significa inmaduro, de leche, joven y sin sustancia.

El prof. Bañón habla del vocativo o apelativo como recurso lingüístico al analizar el discurso; la profa. Enajas lo hace mediante análisis sociolingüístico. Estos dos profesores de la Universidad de Almería constatan que el nombre propio compuesto masculino tiende a desaparecer, salvo destacadas excepciones, sustituyéndose por el primer componente del nombre u otros hipocorísticos. A veces se apocopa. Por ejemplo: Si el chico se llama Juan Francisco, su pareja le dice habitualmente ‘Juan, Juani, Juanfran’. La sufijación es una tendencia a tener en cuenta. En este caso se muestra muy variada. Ejemplos: ‘Sergete, Raulillo, Antoñito, Jesusico’. Además de los tradicionales ‘Paco, Francis, Juanma’ se observan hipocorísticos acabados en –i como ‘Juli, Juani, Ricki o Javi’.

En cuanto a los nombres femeninos, sucede algo similar. Los compuestos se apocopan: ‘Mariajo’ o se elide el segundo nombre. La sufijación es igual de frecuente que en el caso de los hombres e igual de variada: ‘Laurilla, Patricica, Carmencita, Mariquilla’. Sin embargo, la tendencia a la terminación en –i aumenta notablemente. Ejemplos: ‘Pepi, Nati, Candi, Patri, Lauri, Cristi, Mari, Di, Ali’.

En situaciones de enfado desaparecen los hipocorísticos y el nombre propio acapara un uso del 50%. Las mujeres utilizan los insultos y las voces un poco más que los hombres (hay una diferencia de dos puntos), quienes prefieren ignorar a su pareja en un elevado 15% mediante la ausencia del trato apelativo y emplean la ironía el doble que ellas, llamándolas ‘cariño’, ‘hija mía’ y ‘churri’. Los insultos que emplean las mujeres, por orden de frecuencia de aparición, son: ‘tonto, idiota, gilipollas, cabrón, imbécil’ y otros. Los hombres utilizan: ‘tonta, idiota, niñata, gilipollas’ y otros. Los apelativos más empleados por ellos son: ‘niña, nena y tía’, y por ellas: ‘tío, nene y niño’. Así pues, se observa cómo la pareja trata de desacreditarse entre sí marcando la puerilidad del interlocutor, recurso que resulta harto molesto para ambos. Es frecuente en España, no en otros sitios hispanohablantes, el apelativo malsonante o vulgar para hombres ‘picha, macho o capullo’, y para mujeres ‘chochete, capulla’. Valga como anécdota los numerosos y variados apelativos que dedicaba a su mujer aquel octogenario tras cincuenta años de matrimonio, no por cortesía sino porque no recordaba su nombre de pila. Conviene añadir aquí un valor de orden dialectal; en América, valen la pareja ‘esposa/esposo’ para designar al cónyuge correspondiente; en España la pareja respectiva es ‘marido/mujer’ y en registros más elevador ‘marido/señora’; en registros comerciales ‘señora/caballero’; en registros teatrales o culturales ‘damas/caballeros’.

Para un análisis semántico de las palabras con que llamamos a nuestra pareja, podemos ayudarnos del “diccionario ideológico” de Alvar Ezquerra, seguidor de nuestro paisano Julio Casares. Nos situamos no en las cosas, no en los seres vivos, sino en concreto en el ‘individuo’; este individuo conoce, siente, cree y se comporta; pues bien, veamos lo que siente: amor y odio, soberbia y humildad, compasión y crueldad; si nos centramos en el primer par, deducimos que amar a alguien puede ser ‘apegarse, encariñarse, idolatrarlo’; es más, ‘cortejarlo, flirtear, pretender, conquistarlo’; y ya más cerca, ‘acariciar, mimar, besar, acaramelarse’. En el fondo del amor está ‘el cariño, el apego, la ternura’. Por fuera, lo que aparece es ‘pasión, erotismo, enamoramiento’; algo que puede ser fugaz y da lugar al ‘devaneo, al amorío, a la aventura’; o más duradero y se indica mediante ‘la coquetería, el halago, el arrumaco, el beso, el requiebro’. Cuando hemos llegado a este punto, él se convierte en ‘amante, galán, novio, pretendiente’; de lo contrario, él será ‘un mujeriego, un ligón, un mariposón’; si va por buen camino, él recibirá el nombre apelativo de ‘amado, prenda, niña de mis ojos, amigo, compañero, colega, socio, tronco, confidente, compinche’; en algunos sitios, como México, él es ‘manito, cuate’. Por lo que respecta a ella, recibirá el nombre de ‘dulcinea, dama, ídolo’. La otra cara del par es el sentimiento de ‘odio’, que mejor lo dejamos. Digo yo. Es que es un lío. Y después pasa lo que pasa. Quedémonos en don Juan que le dice a doña Inés ‘ángel de amor, gacela mía, estrella mía, hermosa mía, vida mía’ en aquella apartada orilla.